



CRÓNICA SOBRE LA VOLUNTARIA CONVIVENCIA CON LAS PÉRDIDAS CRÓNICAS

Dr. JESÚS CABRERA GÓMEZ (CEIM/CUJAE) – jcabrera@ceim.cujae.edu.cu

Cada mañana, al trasladarme hacia mi lugar de trabajo, debo pasar frente a cierta instalación hospitalaria. Durante algún tiempo, observé en una línea conductora la existencia de varias fugas de vapor. Así, fui testigo involuntario del crecimiento descontrolado de uno de estos escapes, el cual se iba tornando más grande y peligroso cada día, al punto de llamar la atención hasta de los más impasibles transeúntes. Sólo entonces fue que alguien allí se decidió a actuar y acabar con aquella amenazante fuga. Al margen de lo anecdótico, lo más insólito vino después, cuando al indagar el por qué sólo se había eliminado la fuga grande y no otras pequeñas que también se observaban, un trabajador del lugar me respondió: "...esas todavía aguantan un tiempo más."

Y es que, aunque pueda parecer un tanto contraproducente, nos acostumbramos a convivir con los pequeños problemas sin que nos animemos a solucionarlos a menos que acarreen males mayores. Resulta entonces interesante reflexionar sobre las respuestas a las siguientes preguntas: ¿cuánto le cuesta a una entidad cualquiera "mantener" vivas y florecientes las aparentemente pequeñas pérdidas crónicas?, ¿cuáles son las consecuencias potenciales de su no erradicación en etapas tempranas en las que la solución suele ser menos costosa?, ¿por qué un número nada despreciable de organizaciones actúa responsablemente sólo ante las grandes pérdidas esporádicas y con preocupante frecuencia de manera indolente ante las pequeñas y cotidianas?. Seguramente el amigo lector podrá añadir otras interrogantes a esta lista inicial que pretende sólo convocar a la reflexión sobre el tema.

Un aspecto a considerar es el hecho de que las pérdidas crónicas muchas veces están asociadas a fallos que se caracterizan por un costo relativamente bajo, pero que son prácticamente permanentes. A veces tales pérdidas son tan pequeñas, que pasan inadvertidas, pero si se tuviera la curiosidad de sumarlas, más de uno se llevaría la amarga sorpresa de encontrarse con un costo mayor que el de un fallo de gran envergadura, de esos que nadie osa ignorar.

También es real que muchos problemas que ocasionan pérdidas crónicas no tienen causas muy evidentes, por lo que al no estar identificadas tales causas se complica la solución aún cuando exista la voluntad de resolverlos. Por otra parte, es posible que concurren varias causas, de manera que aunque algunas quedaran resueltas, el fallo dado puede aparecer recurrentemente. En tales casos, es saludable realizar un análisis de la causa raíz o aplicar alguna otra herramienta que contribuya a comprender lo que ocurre para encontrar la solución definitiva.

Aún cuando evidentemente el tema no está agotado, hay algo que sí puede inferirse: una estrategia de mantenimiento coherente y bien estructurada no sólo atenderá y mantendrá bajo control aquellos fallos que generen grandes pérdidas (los que por fuerza necesariamente tendrían que ser esporádicos), sino que además debe mantener una estrecha vigilancia sobre aquellas pérdidas que, aún en el caso de ser realmente pequeñas, deben ser eliminadas porque a la larga aportan su cuota de ineficiencia a la organización. La desatención a los problemas crónicos equivale a desperdiciar una oportunidad de mejora nada despreciable.